

## **Venezuela: los retos de la vía democrática al socialismo (2)**

Jesús Sánchez Rodríguez

En el artículo anterior habíamos señalado los cuatro núcleos de problemas que creemos vitales para la vía político-institucional de transición al socialismo. El primero de ellos es el de la actitud a mantener con las clases medias.

El problema de las alianzas no es privativo de la actual revolución bolivariana o de la chilena, sino absolutamente de todas las revoluciones o incluso de cualquier actuación política en una situación estable. Muchos autores se han ocupado de este tema reconociendo que los sistemas de dominación en estructuras sociales complejas se basan necesariamente en algún tipo de alianza de clases.

En otras experiencias revolucionarias, exitosas o no, las alianzas han tomado diferentes formas, acuerdos entre fuerzas políticas y sociales, frentes, o inclusión en el programa de un partido de los intereses de otras clases de aquella a la que genuinamente representa. En muchos casos dichas alianzas se fueron decantando a lo largo del proceso y los antiguos aliados coyunturales terminaron enfrentándose finalmente; por ejemplo cuando una alianza acaba con una dictadura y se abre el período de definición del nuevo régimen que la debe sustituir.

Históricamente, las revoluciones socialistas que obtuvieron un éxito más o menos largo en el tiempo tuvieron en general dos características definitorias; la primera, que tuvieron lugar en países atrasados donde la clase más numerosa era la campesina ( no vamos a decir que las excepciones de Alemania oriental y Checoslovaquia son las que confirman la regla, porque el papel jugado por el ejército rojo hace que las revoluciones en Europa oriental no fueran fruto de sus propias fuerzas, con la excepción evidentemente de Yugoslavia); la segunda, que se desarrollaron mediante procesos insurreccionales derivados de la lucha contra una dictadura o un ocupante exterior o la participación en una guerra general. Por lo tanto, el problema de las relaciones con las clases medias empezó a ser tratado con cierta profundidad por las fuerzas que tenían voluntad transformadora socialista solo en dos

coyunturas históricas peculiares. La primera fue la de los partidos comunistas que actuaban en sociedades desarrolladas, en ausencia de situaciones insurreccionales y con democracias liberales asentadas que gozaban de una gran legitimidad popular, dando lugar al fenómeno que se conoció como eurocomunismo. La segunda coyuntura fue la del período del gobierno popular chileno. En el primer caso las estructuras sociales de esas sociedades eran totalmente diferente de las sociedades de los países donde tuvieron lugar las revoluciones socialistas, ahora el campesinado era marginal y las clases medias tenían un peso fundamental. En el Chile de principios de los años 70 el campesinado aún era muy importante junto a otros sectores populares, pero existía una clase media - diferente en su composición de la existente en un país desarrollado actual - que fue la base social fundamental de oposición al proyecto de la UP.

Por lo tanto, la preocupación principal de las revoluciones exitosas fue, en el terreno de las alianzas, sus relaciones con el campesinado, y en el terreno de la transición al socialismo los problemas derivados de una situación en la que el problema del poder ya había quedado resuelto con la derrota de las clases dominantes anteriores y el control del Estado. Salvo en Nicaragua, el tipo de dominación levantada por los revolucionarios victoriosos suprimía la posibilidad de sufrir derrotas electorales. Las amenazas a las que hacían frente provenían de intentos de invasión exteriores, de bloqueos, sabotajes, etc., para cuya respuesta contaban con el control del nuevo aparato del Estado.

A pesar de estas fundamentales diferencias con el proceso venezolano actual y del fracaso de la mayoría de aquellas revoluciones, todavía se encuentran sectores que siguen acudiendo a dichas experiencias en busca de ejemplos u orientaciones para cada una de las coyunturas actuales de la revolución bolivariana. Creo sinceramente que es más útil estudiar los argumentos, debates y experiencias que tuvieron lugar tanto en el campo eurocomunista como en la revolución chilena, aunque en ninguno de los dos casos se saldase con éxitos prácticos, porque la naturaleza de los tipos de problemas que enfrenta la revolución bolivariana son más parecidos a estas experiencias que a aquellas. En este sentido es curioso que se hable de “socialismo del siglo XXI”, con un carácter bastante nebuloso aún, pero con la decidida intención de desmarcarlo de las experiencias fracasadas del “socialismo realmente existente”, y no se hable, por ejemplo, de una “vía al socialismo del siglo XXI”. Creo que no es necesario inventar más términos, la experiencia venezolana encaja en la conocida como “vía político-institucional” o “vía democrática” al socialismo”.

Por supuesto, hay una tercera línea de análisis que viene comparando la revolución venezolana con otras experiencias populistas en América Latina del que nos hemos ocupado en el trabajo citado sobre la revolución chilena<sup>1</sup>. Pero no es el objetivo de estos artículos polemizar con ninguna de esas dos líneas de experiencias históricas, sino centrarme fundamentalmente en hacer dicha comparación con la experiencia chilena.

En Chile el problema que representaban las clases medias para el proceso revolucionario en marcha era doble, de un lado fueron movilizadas intensamente y con carácter insurreccional contra el gobierno Allende en dos momentos claves, el primero en octubre de 1972 y el segundo a partir de junio de 1973. Sus acciones buscaban crear el caos para hacer retroceder al gobierno o provocar la intervención de las FFAA. En este sentido la experiencia chilena y venezolana son similares; en esta última hemos visto las continuas movilizaciones que ha impulsado la oposición, el papel que jugaron en el paro de diciembre de 2001, en el desencadenamiento del golpe de Estado frustrado en abril de 2002, o su papel en la huelga petrolera iniciada en diciembre de ese mismo año. También se asemeja con el Chile de la UP la reacción del movimiento popular, que toma la iniciativa para contrarrestar los intentos subversivos de la oposición, incluso por delante del gobierno.

Voy a hacer uso de un párrafo utilizado para describir la situación en el Chile de 1970-3 que creo que es completamente pertinente para la actual situación: Si el gobierno de Chávez está determinado a poner en práctica su programa y abrir, así, el camino al socialismo, la oposición, por su parte, muestra una clara voluntad de hacer abortar la experiencia del gobierno bolivariano a cualquier precio. La secuencia presenta casi una imagen en negativo de lo que durante más de un siglo había sido la relación entre la burguesía y el proletariado. Ahora las clases populares ocupan algunos aparatos del Estado, que no todo él, y se defienden desde la legalidad de la acción insurreccional de la burguesía. Y decimos que la imagen negativa no es total porque es evidente a primera vista algunas de las importantes diferencias existentes, la burguesía además de su actividad insurreccional centrada especialmente en las clases medias, sigue controlando y utilizando importantísimos resortes contra el gobierno

---

<sup>1</sup> Sánchez Rodríguez, Jesús, Reflexiones sobre la revolución chilena, págs. 236-237, <http://www.purochile.org/reflexiones.htm>

bolivariano como los medios de comunicación, el poder económico o el entorno internacional.

Pero en Chile, además, las clases medias representaban la base electoral principal de los partidos que bloqueaban desde el parlamento el desarrollo de las medidas que impulsaba el gobierno, sobretodo las relacionadas con el Área de Propiedad Social. En este aspecto las dos experiencias revolucionarias difieren. Mientras el gobierno de la UP controlaba la Presidencia no le ocurría lo mismo con el parlamento, esto provocó profundos debates en el seno de los partidos que conformaban la UP sobre como tratar la relación con las clases medias. En Venezuela, el bloque electoral opuesto a la revolución bolivariana había venido siendo derrotado hasta esta última consulta y, tanto por los resultados electorales como por los errores de la oposición, el gobierno de Chávez no se ha tenido que enfrentar a la situación de obstrucción legal como la que bloqueó al de Allende. Sin embargo, con el actual resultado la oposición ha obtenido por primera vez una victoria de poco más del 50%, este resultado es de por sí importante no solo, y principalmente, porque bloquee la reforma de la Constitución y las consecuencias que conlleve, sino porque, como se puede consultar en la tabla del anexo final, confirma una tendencia electoral creciente de la oposición a partir de la aprobación de la Constitución de 1999, en tanto los resultados del campo chavista tienen una tendencia porcentual descendente, con una ruptura de estas tendencias en las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 .

Es difícil hacer pronósticos claros para el futuro a partir de estos datos, pero no se pueden negar las tendencias, y lo más fructífero sería estudiar con más profundidad el período entre diciembre de 2006 y diciembre 2007 para saber a que se debe ese cambio brusco de tendencia y si puede ser reversible y en que condiciones. Algunas de las explicaciones adelantadas en ciertos artículos sobre la agresividad y manipulación de la campaña por la oposición o sobre males endémicos en el campo chavista ya existían en comicios anteriores donde el Presidente Chávez y sus partidarios salieron victoriosos. El debate está siendo interesante, pero quizás se esté escamoteando el núcleo del problema.

Por lo tanto, cabe la posibilidad que también se empiece a acercar en este aspecto la experiencia venezolana a la chilena. En este sentido, desde un punto de vista electoral y su proyección en el control de las instituciones del Estado, puede empezar a ser un problema para la continuación de la vía político-institucional de avance al

socialismo que se ensaya en Venezuela<sup>2</sup>. Parece evidente que se necesitan sumar más apoyos al proceso transformador o, al menos, conseguir la neutralidad de sectores de la clase media, buscando evitar en última instancia la inclinación hacia el campo de la contrarrevolución del máximo número de estos sectores.

Si se ensaya esta última opción de atraer segmentos de las clases medias, entonces la discusión se centraría en cuáles son los límites de las posibles concesiones a realizar para no bloquear ni desvirtuar el proyecto socialista. Tema espinoso, porque en Venezuela se reproducirán similares posturas a las de Chile aunque con una correlación entre ellas muy diferente. Entonces los partidarios de una solución rápida y clásica - según el modelo bolchevique - al problema del poder, (MIR, parte del PS) es decir, los partidarios de pasar a la dictadura del proletariado según el modelo original soviético, los que denostaban la vía chilena al socialismo, consideraban intrascendente intentar ganar a la clase media; en tanto que el sector hegemónico de la UP (PC, allendistas del PS) buscaba alguna forma de entendimiento sin conseguirlo, debido especialmente a la posición de fuerza en la que se encontraba sobretodo la DC. En Venezuela, sin embargo, la situación era muy diferente hasta la celebración de este referéndum, las fuerzas con posiciones similares al bloque rupturista de la izquierda chilena no parecen muy importantes; y los representantes sociales y políticos de la clase media en la oposición no disponían de posiciones de fuerza en las instituciones electivas. Hasta que punto este último dato ha variado es una cuestión difícil de dilucidar en este momento, pero evidentemente ha cambiado.

La pregunta clave en relación con este tema es muy clara y definitoria: con los porcentajes de población oponiéndose a la revolución que se constatan en el anexo ¿son necesarias modificaciones en los modos y en los tiempos para proseguir la vía institucional al socialismo?, y en caso de una respuesta afirmativa ¿en que deben consistir?.

Los escenarios futuros tras el resultado del referéndum son inciertos, uno de los fundamentales, nadie lo duda, es la posibilidad o no de un nuevo mandato para

---

<sup>2</sup> Por ejemplo Heinz Dieterich en el artículo Venezuela.¿Puede triunfar el socialismo del siglo XXI? ([www.rebellion.org](http://www.rebellion.org) 03/08/2005) aludía a que uno de los peligros más graves para la continuación de la revolución bolivariana era el que Chávez tuviera que dejar de ejercer sus funciones de líder del proceso por diferentes razones, y éste es uno de los escenarios posibles que se ha abierto con el rechazo de la reforma constitucional.

Chávez, rechazado con la derrota de la actual reforma constitucional. La continuación de la vía democrática al socialismo, la única deseable y posible, tiene que saber resolver estos interrogantes clave.

A modo de conclusión de este segundo artículo me gustaría hacer un resumen apretado del análisis contenido en mi estudio sobre la revolución chilena en relación con este tema para aquellos que no hayan tenido oportunidad o tiempo de leerla, aunque recomendaría mejor la lectura de las obras de los autores y protagonistas de aquella experiencia que reflexionaron al respecto (Altamirano, Garcés, Bitar, Cancino, Marini, etc.).

Entre los que fueron totalmente escépticos sobre la posibilidad de atraer a la clase media se encuentra Altamirano<sup>3</sup>, para quien el tratamiento de las clases medias es uno de los problemas "más complejos y controvertidos" para toda experiencia revolucionaria. Su análisis de estos sectores está cargado de rasgos negativos, que les presenta como unos aliados imposibles del proletariado en sus proyectos transformadores. Piensa que la actitud de entonces de las clases medias chilenas respondía a un comportamiento general; que por encima de cualquier promesa o decisión legal que busque tranquilizarlas, las tensiones y la inestabilidad propia de un proceso de cambio van a ser las que definan su actitud. Su conducta se orienta más a garantizar la seguridad de su forma de vida, vinculada a los valores burgueses, que a obtener beneficios inmediatos. Considera que las capas medias son en todo el mundo "una parte integrante del bloque ideológico de la burguesía" y que, sin duda, quebrar ese bloque es uno "de los desafíos de mayor trascendencia que enfrenta el movimiento revolucionario contemporáneo". Y se termina preguntando dónde se ha dado alguna vez una alianza entre el proletariado y las clases medias para un proceso revolucionario emancipador, o, donde los partidos obreros han aglutinado alguna vez un bloque social que represente a más de 50% de la población<sup>4</sup>. Como es conocido, Altamirano fue uno de los dirigentes que no creyó en el segundo modelo de transición al socialismo que defendió Allende.

---

<sup>3</sup> Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., págs. 31-7

<sup>4</sup> Evidentemente, hasta este último referéndum el proyecto bolivariano, y, sobretodo su líder, venían obteniendo porcentajes bastante superiores al 50% de los votantes, lo que representaba otra de sus muchas peculiaridades respecto a experiencias anteriores. Pero también es cierto que su propósito de pasar al socialismo, al menos como declaración de intenciones intensamente repetida solo ha tenido lugar a partir de su victoria en las elecciones de diciembre 2006.

Una visión más optimista es la de los dos autores que si creyeron en la vía propuesta por Allende, Garcés<sup>5</sup> y Bitar. Para el primero, un problema fundamental era el de aislar social, política y militarmente a las fuerzas conservadoras de manera que no pudieran utilizar el expediente de la guerra para evitar el cambio.

Esto suponía ser capaz de diferenciar entre los sectores que pueden ser aliados y los que son antagónicos. La coexistencia o alianza con los primeros significa reconocer sus intereses y ser capaz de integrarles en el proyecto de transición. El fracaso en ésta tarea lleva inevitablemente, en un proceso de creciente polarización en todos los terrenos, a que los sectores medios no socialistas terminen aliados con los sectores conservadores enemigos de la transformación socialista y, de esta manera, se produzca un crecimiento del campo contrarrevolucionario.

Bitar<sup>6</sup>, por su parte, terminó señalando el conjunto de obstáculos de tipo económico, social e ideológico que obstaculizaron la concreción de la alianza a la que el gobierno de la UP aspiraba y, que terminaría por situar en el campo de la contrarrevolución a la mayoría de los sectores medios: en unos casos parece tratarse de errores imputables a la UP y, por tanto, susceptibles de ser sorteados; en otros casos, eran obstáculos insalvables en el supuesto de mantener el rumbo revolucionario de las transformaciones. Entre los obstáculos insalvables se encontrarían la actitud de las profesiones liberales o los profesionales-funcionarios, con valores y estilos de vida basados en expectativas de progresión individual, o la de los pequeños y medianos empresarios que viven del sector obrero superexplotado y temen los planes estatales sobre la modificación del sistema de propiedad o, la participación y el control de los trabajadores en las empresas.

En realidad hay que reconocer que en relación con estos últimos obstáculos ninguno de los analistas situados entre los partidarios del mantenimiento de la alianza con los sectores medios ofreció soluciones claras.

---

<sup>5</sup> Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, Ariel, Barcelona, 1976

<sup>6</sup> Bitar, Sergio, Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena, Siglo XXI Editores, México, 1979.

